

La maté porque era mía. El crimen de la Calesita

La remisera se da vuelta y con un gesto solemne dice: «Una vez me metí en este barrio a las tres de la mañana». Yo sonrío apenas, no me interesa demasiado. El remis en el que viajo —un Fiat Duna rojo sin brillo— dejó atrás la Avenida de Circunvalación de La Plata y ahora se interna en una calle apagada y suburbana, en el barrio de Altos de San Lorenzo, al este de la ciudad. En esta zona de La Plata no hay diagonales ni diagramación inteligente: aquí la ciudad se extiende sin fórmula. La Avenida de Circunvalación actúa como una línea divisoria entre lo racional y lo improvisado, dejando dentro de sus límites ese trazado simétrico que fue faro urbanístico sobre el final del siglo XIX. Más allá, lo ordinario de estas calles marca el fin del mito arquitectónico.

El remis da un par de vueltas, y la conductora sigue con su historia: «Levanté a un borracho a la salida de un baile y lo traje bien tarde al fondo de este barrio». La mujer me mira por el espejo retrovisor. «Llegamos, lo dejé y salí rajando. Estaba todo oscuro porque los pibes rompen las lamparitas de luz de los faroles para que nadie los vea. Por suerte, esa noche no había ni un alma.»

Parecería que a pocas calles de aquí la ciudad puede desaparecer en el vacío de un precipicio. En Altos de San Lorenzo hay algunos terrenos baldíos, largas extensiones de tierra inútil, casas con jardines sin terminar, autos viejos y kioscos con música. Sin embargo, el distrito no queda tan lejos del centro de La Plata: a sólo diez cuadras está la Avenida de la Circunvalación.

Francisca me espera adentro de una de esas casas. Es una señora de más de sesenta años. La piel curtida y trigueña, los ojos pequeños. Una chispa de luz resplandece apenas en ellos. Francisca observa con la puerta abierta y me hace señas para que entre. Ella tiene una historia para contar, muy a su pesar. La contará lentamente, con una cálida tonada santiagueña y una furia suave, acaso disimulada. A veces, regará su relato con lágrimas diminutas, como perlas casi imperceptibles que no llegan a rodar porque el pañuelo las ataja.

«Llegamos acá hace más de quince años», dice. «Vinimos desde Laprida, un pueblo de Santiago del Estero. Uno viene a trabajar y a tener una casa, y hay que esforzarse mucho, no es fácil.» Francisca se estableció con su marido, que consiguió un puesto en una refinería de gas con una jornada laboral de 6 a

18. Ella trabajó como empleada doméstica y también empaquetó remedios en un laboratorio farmacéutico. Lavó, planchó y barrió. Cobró unos pocos pesos por hora. Y logró levantar su casa. Allí crió a sus cuatro hijos: Juan y Silvio, los dos grandes; y Silvana y Cristian, los dos mimados, que tenían once y ocho años en el momento en que llegaron a la gran ciudad. Cuando crecieron, aportaron en el armado de la casa. Cristian sabía pintar, y le dio unas manos de pintura a las paredes que habían levantado sus padres. Mientras tanto, Silvana salía en bicicleta por el barrio a vender los panes que cocinaba su mamá.

El pasado fue maravilloso, parece pensar Francisca antes de detenerse para iniciar el tramo más penoso de su relato. A unos metros, la puerta de calle está abierta. Afuera, unos chicos se persiguen en una carrera de bicicletas y la cumbia de un vecino sacude a toda la cuadra. «¡Es de no creer! A veces los chicos me dicen que tenga cuidado con la puerta cuando estoy sola, que no deje abierto», dice. «Pero yo pienso que la gente de afuera seguro es más buena que la de adentro: yo todavía no puedo creer lo que me pasó a mí con alguien de mi propia familia.»

Fue en agosto del año 2000: su sobrino Jaime viajó desde Santiago del Estero a la provincia de Buenos Aires y conoció la casa de su tía Francisca. La Plata lo deslumbró con sus luces y su bullicio permanente. También lo deslumbró Silvana, la hija de Francisca, con sus modos desinhibidos y ese carácter de chica audaz que en el campo no se conoce. Jaime nunca había conocido a una mujer como ella. Se quedó en La Plata hasta completar un mes. Y luego volvió al medio de la nada, a Santiago del Estero. Poco tiempo después recibió en el rancho donde vivía la visita de su tía Francisca y de su prima Silvana. «Tía, ¿usted me va a dar permiso para vivir en La Plata y para estudiar? Porque yo acá no puedo hacer nada», le había planteado, decidido a cambiar de vida. Ya tenía listo su bolsito con una muda de ropa y algunas pocas cosas más. Para él, había llegado la hora de dejar atrás el paraje que por solo nombre llevaba el de Kilómetro 88. Para Francisca, y especialmente para Silvana, habría sido mejor mentir: decirle al sobrino que no tenían lugar en casa para uno más.

Francisca se casó con Hugo, que en La Plata trabajó siempre en la refinería de gas. La familia de él también era de Santiago del Estero, pero no del pueblo de Laprida, sino de un paraje cercano, Kilómetro 88: un caserío a la vera de la ruta, salpicado con ranchos y poblado por vecinos que se conocían de toda la vida, donde el termómetro marcaba 50 grados en verano. Estaba ubicado a mil trescientos kilómetros de La Plata; o lo que es lo mismo: un trayecto que se podía atravesar con un micro de larga distancia, y luego otro ómnibus, y al final un remis.

Kilómetro 88 era un lugar donde los padres y los hijos se saludaban con un apretón de manos y muchos de los mayores de 35 años eran analfabetos porque nunca habían aprendido a leer ni a escribir; o porque desde que les habían enseñado cómo escribir su nombre, no habían vuelto a hacerlo. En ese caso, la estadística los conocía como «analfabetos por desuso». La gente vivía del trabajo en el campo, que era duro y escaso: nadie tenía garantizado su lugar en la cosecha de cebolla o de tomate al sur de la provincia; de aceituna en Catamarca; o de limón en Tucumán.

Hugo había conseguido un trabajo fijo en la refinería de gas y marchó para La Plata con su mujer, Francisca, pero en Kilómetro 88 dejó a su familia. Su hermano, Ramón, cobijaba a los suyos en un rancho con techo de paja y piso de tierra, de dos habitaciones y una sala de estar, con un baño exterior. Allí vivía con su esposa, su madre anciana y sus dos hijos, Jaime, el mayor, y Uriel, el más chico. Ramón mantenía a todos con su sueldo de agente de la Policía de Santiago del Estero: magros 350 pesos. Y Jaime, su hijo de 20 años, quería irse de ahí.

Para él no había futuro en Kilómetro 88: la escuela secundaria más cercana estaba a quince kilómetros y era muy costoso ir todos los días, y conseguir un trabajo como peón rural era cada vez más difícil, porque las cosechas no estaban en su mejor momento. Sin más opciones, la rutina doméstica lo invadía todo. No había nada para hacer, salvo quedarse en la casa, cuidando a los animales, esperando a que naciera un cabrito y dejándolo andar por uno o dos meses, para faenarlo cuando no hubiera carne.

Esa era una tarea que escondía su crueldad en la necesidad, y que se practicaba a lo largo y ancho de la provincia: primero, se colgaba de las patas traseras al animal y con un cuchillazo repentino se le abría la garganta. Era importante la velocidad del gesto, para que el cabrito no se pusiera nervioso, porque eso contraería la carne. Con el degüelle, la sangre caía sobre la tierra durante horas, al principio con la fuerza de un baldazo; luego como un goteo esporádico. Seco, pero todavía colgado, al animal se le quitaba el cuero y a veces la cabeza. Con un tajo largo y hondo se lo abría por el medio y se le retiraban las tripas. La carne se impregnaba con sal, para ser conservada, y las menudencias se cocinaban en un guiso. Nada se dejaba de lado. La miseria acechaba, irremediable.

¿Dónde comenzó todo? ¿En qué momento Silvana y Jaime se amaron por primera vez? Porque, hay que decirlo ahora, Jaime logró conquistarla. La nebulosa del recuerdo tan sólo devela que fue en la visita de la prima al paraje de Santiago del Estero. Desde entonces, la relación se dio a escondidas, prohibida e incestuosa. En La Plata, los primos vivían en la misma casa e iban a una escuela secundaria industrial, donde, ahí sí, a veces se mostraban juntos. Puertas adentro todo era

aparición: ninguno de los hermanos de Silvana, y menos Francisca, estaban enterados de lo que había entre la mimada de la casa y el primo recién llegado. Los dos tenían 20 años cuando comenzaron con el asunto, y su pacto de silencio fue invulnerable: el secreto duró dos años, hasta que la llama de la relación se apagó.

Ella era la más coqueta de la cuadra: nunca salía desarreglada, ni siquiera a la mañana. Los vecinos no la conocían en ojotas; andaba siempre de tacos. No podía dejar de mirar las vidrieras cuando paseaba por el centro. Comprar ropa era una de sus debilidades, y su fetichismo *fashion* era tan esmerado que guardaba las prendas en las bolsas originales de los negocios. Si había que pelearse por la ropa, no lo dudaba: una vez discutió con su mejor amiga por unos aritos. Eran nuevos, dos gotitas, y su amiga se los había prestado sólo por un día, porque se los quería vender. «¿Qué tal me van?», le preguntaba Silvana a todos. Pensaba en quedárselos, pero a los tres días se cruzó con su amiga en la puerta del colegio y tuvo que devolvérselos delante de todos sus compañeros, muerta de vergüenza. Se había excedido en el tiempo del préstamo. Entonces se acordó de los consejos y la prudencia provinciana de Francisca: «Nunca le pidas ropa prestada a tus amigas, ni les prestes nada vos a ellas», le decía.

Silvana había tomado clases de coiffeur, pero prefería trabajar antes que estudiar, y lo hacía en una peluquería del centro. Su cabello largo le daba la oportunidad perfecta para probar lo que aprendía: se hacía bucles, se daba baños de crema, se lo planchaba, se teñía de rubio o se decoloraba a castaño claro. Siempre cambiaba.

Llevaba los labios pintados, los ojos delineados y las cejas depiladas. Y además dos aritos dorados, uno en cada oreja; y uno más, de acrílico colorado, en el lóbulo izquierdo. Completaba su estilo con tres anillos de oro; uno de los cuales llevaba sus iniciales. Era la chica más linda de Altos de San Lorenzo y lo sabía.

Jaime, en cambio, vivía metido en la casa. No le gustaba mucho andar por ahí. Había sido criado con mano firme en el medio del monte y no conoció la ciudad hasta que Silvana se la enseñó. En Kilómetro 88 los jóvenes se hacían hombres muy rápido: cuando los niños estaban listos para trabajar, ya eran enviados a la cosecha con sus padres. En La Plata, de alguna manera, Jaime estaba viviendo una adolescencia tardía: su prima lo llevaba al cine, al zoológico, a la catedral, al hipódromo y a las discotecas. Le abría las puertas de un mundo nuevo que nunca dejaba de sorprenderlo.

El santiagueño no demostraba sus emociones, ni siquiera cuando la pasaba mal: era silencioso y observador. Hablaba lento, con un tono monótono y pocas palabras. Se mantenía aislado, incluso adentro de la casa. Pero baldeaba la vereda, limpiaba las ventanas y se ponía a disposición de lo que hiciera falta,

y eso le gustaba a la familia que lo cobijaba en La Plata.

Un sobrino de Francisca le consiguió un trabajo en la calesita del Paseo del Bosque, el pulmón verde de la ciudad. Jaime lustraba los caballitos y aceitaba los engranajes del motor. Además, ayudaba con lo que fuera necesario en el puesto de alquiler de botes que había cerca. Siempre mantenía un trato respetuoso con sus compañeros, salvo que le preguntaran sobre Silvana, que a veces aparecía de visita por la calesita. «¡Che, presentá a tu novia!», le dijo un día el pibe que se encargaba de los botes. «Dejate de joder, porque te voy a cagar a trompadas», fue la respuesta fulminante que recibió. A Jaime no le gustaban esas bromas: era celoso, y no podía contra eso. Se le iba la cabeza cuando se acercaban otros hombres a su Silvana. Tanto, que ni siquiera la llevaba a bailar: no quería que nadie la tocara.

Y eso a Silvana en el fondo le gustaba. Jaime estaba hecho de algarrobo y quebracho. Era un varón recio, un pibe de principios indestructibles, de esos que en la ciudad ya no había. Hacía todo lo que ella le decía y podía defenderla siempre que hiciera falta. Aunque hablaba poco, ella no necesitaba que Jaime le dijera que haría cualquier cosa para estar a su lado. Silvana lo sabía.

«¿Y usted, Francisca, lo habría permitido? ¿O de haberlo sabido se habría negado a ese amor?», pregunto. El interrogante queda flotando en el aire. Francisca busca una respuesta en silencio, como si ella misma se lo preguntara por primera vez. Ocurrió todo tan rápido que es posible que no lo haya evaluado. «Y qué sé yo... Viste que ahora pasan tantas cosas, ¿uno qué podría decir si le vienen con eso? Lo que sé es que nunca me iba a acostumbrar a tener a mi sobrino de yerno», concluye. Sin embargo, la idea no sonaba tan descabellada en el campo santiagueño: «He visto en la provincia hombres que se juntan con las mismas primas. Habrá pensado en eso este muchacho, ¡qué sé yo!».

«Pero eran la misma sangre», sigue, «y vivían juntos, comían juntos, tomaban mate juntos...» Entonces aparece Danielita, la sobrina de Silvana, la nieta de Francisca. Es una nena de ocho años que sonrío todo el tiempo. Trae un muñeco grande, con unas pestañas largas. «Se llama Pepita. Me lo regaló la tía Silvana», cuenta. «Fue para un Día del Niño», agrega la abuela. Danielita se va a su cuarto corriendo y vuelve con otro muñeco, de zapatillas grandes. «Era de Silvana este», susurra Francisca. «Mi esposo dice que Danielita le hace acordar mucho a ella de nena.» Danielita sigue sonriendo. Me quiere mostrar todos sus juguetes, pero la abuela la manda a su habitación, a hacer la tarea.

«Danielita se acuerda muy bien de su tía Silvana, pero no de su tío Jaime», aclara la abuela. «Es que era un chico calladito,

y no le daba bolilla a nadie. Si tenía algo de picardía, la tendría bien guardadita.» Jaime no aportaba dinero en la casa: con lo que ganaba en la calesita se compraba cuadernos y útiles para la escuela, y algo de ropa. «Mirá», dice Francisca, que ahora se levanta para descolgar una foto de la pared. «Este cuadrito es de la última vez que fuimos a Santiago. Acá estoy con mi mamá y este señor canoso de sombrero es mi papá, que trabajaba haciendo carbón. Esta es Silvana, estos son mis sobrinos, esta soy yo y esta es otra hermana mía. Esto era en la casa de mi papá, que tenía un rancho. A Silvana le gustaba ir allá. Pero ves, acá ni siquiera está Jaime. Él nunca aparecía en las reuniones, ni siquiera en las de la familia.»

Frente a la casa de Francisca vive su hermano, que también formó familia y se asentó en La Plata hace más de treinta años. Él fue, de hecho, el que llegó primero a la ciudad. Yamila, una de sus hijas, no tenía mucho trato con su prima Silvana: apenas se saludaban cuando se cruzaban. Pero la primera vez que salieron juntas se dieron cuenta de que no había razón para hablar tan poco viviendo tan cerca. «Esa primera noche nos empezamos a chusmear de todo. Hablamos mucho del pago nuestro, porque las dos íbamos de vacaciones a Santiago», cuenta ahora Yamila, una morena de sonrisa blanca y amplia.

Ella tenía 19 años cuando Silvana cruzó la calle y le tocó el timbre para pedirle el teléfono. Era un caluroso sábado de enero del año 2002, y la terminó invitando a salir. «Silvana iba a ir a una peña, pero como se suspendió y no tenía a dónde salir, me invitó a hacer algo», recuerda Yamila. Y confiesa que al principio no le gustó la idea, porque le escapaba a las salidas nocturnas. «Convencela vos», le pidió Silvana a su tía, la madre de Yamila, y juntas lograron que aceptara. Iba a ser su primera vez en un boliche, y puso una sola condición: ir al baile más tranquilo de la ciudad. «Silvana iba mucho a uno que se llamaba Paraíso, que estaba en Plaza Italia; también a Terremoto, que quedaba por la calle 44; y a Escándalo, que estaba por Camino General Belgrano. En esos lugares se la encontraron algunas veces mis hermanos. Pero ellos me decían que eran bailes peligrosos, donde los borrachos siempre terminaban a las piñas, y entonces no querían que yo fuera ahí», cuenta Yamila. Sus hermanos le habían hablado de un boliche al que iban los mayores de 25 años, donde la diversión pasaba por bailar abrazados y no por buscar roña: Recordando, se llamaba, y además de cumbia sonaban boleros y salsa. Silvana aceptó ir a ese boliche: ya lo conocía.

Entonces, mientras la madre de Yamila pedía un remis que las llevara a la medianoche y las trajera de regreso a las seis de la mañana, las chicas revolvían los roperos y se probaban lo que les quedaba mejor. Silvana se puso una remera blanca ajustada y una camperita liviana. Llevaba jeans, como siempre: no le gustaba usar pollera, porque decía que sus piernas

eran muy flacas. La cartera combinaba con los zapatos. Los que la vieron entrar a Recordando se dieron vuelta para seguirla con la mirada.

Adentro del boliche, y desde una mesita donde tomaban una cerveza, Silvana fichó a dos pibes en la barra. El que le llamaba la atención tenía una cara aniñada. Era un pendejo, como ella: otro estudiante secundario disimulado entre los mayores de 25 años. El amigo de él tampoco parecía mucho más grande. Yamila contaba alguna anécdota de Santiago del Estero cuando su prima la interrumpió: «Vamos a la barra a buscar una cerveza más», le dijo.

No hizo gala de ningún ingenio: simplemente, llegó y con el empujón empujó al *baby face*. Como emboscada, era muy poco interesante. Pero le dio resultado: el pibe se corrió y la miró, tal vez un poco molesto. «Perdoname», le sonrió ella. Y le clavó una mirada felina de ojos delineados con la que el otro, que era jovencito pero no despistado, entendió que el empujón no había sido un descuido. Silvana mandó a su prima a pedirle al barman, y aprovechó para sacarle charla a su presa. «Cuando volvía con la cerveza, me di cuenta de que ellos ya se habían ido a bailar, y a mí me dejaron con el otro chico. Nos quedamos charlando y volvimos a la mesa. Al rato aparecieron, y ya estaban como si se conocieran de toda la vida... Un ratito después volvieron a la pista y siguieron bailando, y bailando, y bailando, y así toda la noche», recuerda Yamila.

Faltaba muy poco para las seis de la mañana cuando la prima menor advirtió que ya era hora de despedirse. El carruaje de la Cenicienta podía llegar en cualquier momento y ella no quería hacer mala letra en su primera salida. «Esperá un cachito, che», le respondió Silvana, y volvió a hacerlo cada vez que la otra le marcó el límite. Como avisos de un despertador, Yamila insistió también a las seis y cuarto, a las seis y media y a las siete menos cuarto. Cuando salieron, a las siete de la mañana, el remis que su madre les había pedido ya no estaba. Y Silvana, que no quería separarse de su compañero de baile, lo invitó a desayunar a su casa antes de escuchar una despedida. «¿Cómo lo vas a invitar, si recién lo conocés?», le dijo por lo bajo Yamila, codeándola. La otra hizo como si no la escuchara. «A mí me van a matar», se resignó la menor. A Silvana le quedaba poca paciencia: «Quedate tranquila, nena, no pasa nada».

«Los dos chicos aceptaron la invitación y buscamos un taxi. Cuando doblamos acá en la esquina con el auto, yo vi a mi tío, el papá de Silvana, que estaba regando la vereda, ¡y me quise morir...! Nos bajamos y me vine derecho a mi casa. Creo que ellos se quedaron hasta las nueve, diez de la mañana, tomando un café con leche. Después me enteré que el padre ni siquiera la retó. Es que le daba todos los gustos», cuenta Yamila. A la tarde las primas se volvieron a cruzar. Silvana le dijo a Yamila que había quedado con los chicos en verse de

nuevo el sábado siguiente, y le preguntó si la podía acompañar. Yamila dudó, pero al final aceptó.

El día de la segunda cita las primas ya estaban listas a las nueve de la noche (Silvana había cambiado su remera blanca por una negra), y a las diez y media el remis las pasó a buscar. Querían llegar temprano para conseguir una mesa en el boliche. Yamila renegaba un poco porque el chico que le había tocado no le gustaba demasiado. Hoy se ríe de la anécdota: algunos años más tarde terminaron casados y con un hijo. Lejos de un plan tan acabado, Silvana apenas tenía ganas de volver a ver a su galán cara de nene y olvidarse por un momento de la omnipresencia y de los celos de Jaime, o pensar que su primo estaba lejos, muy lejos, acaso en un paraje rural de Santiago del Estero.

Gaspar es el único muchacho en moto que espera en la terminal de ómnibus. Lo reconozco cuando bajo del micro, tal como habíamos quedado por teléfono. Él es el cara de nene que encaró Silvana aquel sábado de enero de 2002 en un boliche para adultos, cuando los dos eran muy jóvenes. De hecho, Gaspar todavía no tiene 25 años: si quisiera volver a Recordando, ahora tampoco podría pasar por las buenas. A los 24, todavía mantiene su cara de nene. Pero su vida sigue una rutina estricta: trabaja en una maderera y se estableció con su mujer y su hijo bebé en una ciudad de la Provincia de Buenos Aires que queda a ochenta kilómetros de La Plata.

«Mi vida acá es tranquila, y creo que eso me ayudó a olvidarme un poco de Silvana», confiesa mientras damos un paseo en el ciclomotor con rumbo al centro de la ciudad. El sol del mediodía pega de frente. Voy sentado atrás y el zumbido del motor hace apenas audibles las palabras, pero alcanzo a escuchar que Gaspar me dice que al principio dudó, que no sabía si aceptar esta charla que yo le proponía, pero que fue su propia esposa la que lo convenció. «Así podés hablarlo con alguien», le dijo.

Elegimos un bar donde no hay casi nadie, y nos sentamos. «Era una linda chica, y buena», evoca Gaspar. «Eso de que te inviten a la casa no es común. Me dio confianza. Pero también es verdad que, como ella era más grande que yo, no había garantías de que la relación pudiera durar.» Y así fue: la relación que mantuvieron se prolongó sólo por dos semanas. Ni siquiera era febrero cuando todo terminó. Sigue Gaspar: «En la noche que nos conocimos ya nos besamos. Y después quedamos en encontrarnos para otro día, en la semana, pero yo no pude ir porque se me hizo tarde. Así que una semana después de conocernos estábamos ansiosos por vernos de nuevo en el boliche».

Gaspar y Silvana se encontraron ese segundo sábado de nuevo en Recordando, acompañados por Yamila y por el primo de él, que era el que había ido a la cita anterior. Las dos

parejas de primos se pasaron la noche bailando. Yamila se despidió de su compañero sin mucho entusiasmo. Unos cuantos meses más tarde se volverían a cruzar y ese sí sería su momento. Pero Silvana y Gaspar prometieron volver a verse pronto.

Se encontraron pocos días después en la Plaza San Martín, en el centro de La Plata, cerca de la peluquería donde ella trabajaba. Él acababa de terminar el colegio secundario y estaba de vacaciones, listo para comenzar el ingreso a la carrera de Analista de Sistemas. Tenía todo el día disponible para armar un plan. Ella lo citó temprano, antes de entrar a su trabajo. Él fue sin guión y se dejó llevar. Silvana manejó los tiempos de la cita: caminaron un poco, charlaron, comieron un pancho. Y se despidieron con un beso cariñoso.

Repitieron el encuentro una vez más, el día jueves. Entonces ella le preguntó si quería ir a almorzar a su casa al día siguiente. Gaspar aceptó, pero la velocidad de la santiagueña lo dejaba siempre con más preguntas que respuestas. Como la primera, esta segunda cita en la plaza era simple, casi perfecta... hasta que Silvana notó que alguien los miraba detrás de un árbol. Cuando se fijó mejor, descubrió que era Jaime, su primo, su amor secreto. «Apareció en una bicicleta y se quedó a lo lejos. Silvana se paró y fue a hablar con él, y después vino como si nada y seguimos charlando. Le pregunté quién era... Yo no sabía qué pensar», cuenta Gaspar. «Era mi primo», le dijo Silvana. Y completó sonriendo: «Si mañana venís a mi casa lo vas a conocer».

Al día siguiente ella fue temprano al centro, a encontrarse con él en una parada del colectivo de la línea Este, porque Gaspar no sabía ir solo hasta Altos de San Lorenzo. «En su casa, Silvana me presentó a la familia. Estaban la mamá, los hermanos y el primo. Me presentó como su novio», aclara Gaspar, todavía asombrado por el lugar que se había ganado en tan poco tiempo. «La madre me trató re bien. Había hecho unas empanadas de carne muy ricas, como se hacen en Santiago. Cada vez que yo se las halagaba, Silvana me decía “¡No seas chupamedias!”. Se notaba que se divertía mucho.» Después de las empanadas llegó la hora de jugar al truco. Silvana hizo pareja con Gaspar, que jugó aunque no sabía las reglas: para ellos, la derrota fue inevitable.

Desde lejos, Jaime observaba la escena. Veía cómo se reían juntos, cómo se miraban, cómo hablaban sin parar. Su prima estaba con otro. Jaime no habló con el invitado, ni participó de la reunión. Tampoco lo notaron perturbado. Apenas saludó a Gaspar y trató de que el tiempo pasara lo más rápido posible. Se mantuvo como un témpano de hielo, como un témpano santiagueño imposible y gélido.

Gaspar no se daba cuenta de que algo anduviera mal. Su anfitriona lo llevaba por toda la casa: parecía que era el príncipe azul que ella siempre había esperado. Y él, que apenas la había visto tres o cuatro veces, ya se sentía cómodo a su lado.

Para Gaspar, el hechizo recién comenzaba.

«Después me llevó a su cuarto y me mostró toda la ropa que tenía, doblada prolijita y guardada en bolsas en los cajones», cuenta. «Cuando volvimos al comedor, me quedé viendo las fotos que había en las paredes, en especial un retrato muy lindo de ella.»

Yo también lo vi el día que Francisca me recibió en la casa por primera vez, y lo recuerdo: Silvana aparece con un sombrero marinerito y una blusa blanca de cuello azul, sus bucles caen sobre sus hombros y una media sonrisa brilla con el sol de un día despejado. «Nos pasamos la tarde charlando, y ella me contó que le gustaban las peñas. Quedamos entonces en ir a una al día siguiente, que era sábado. Me dijo que a la mañana iba a ir a comprarse ropa para la salida. Era tan coqueta... Nunca me voy a olvidar de eso», termina, con la mirada perdida más allá de la ventana.

Era como si en su cabeza latiera la palabra «basta» cada vez más fuerte. ¿Que había pasado? ¿Quién era ese pibe que había traído Silvana? ¿Por qué lo había citado en una plaza un día atrás y después se lo presentaba a su madre? Podía ser que Jaime sintiera un dolor muy feo adentro suyo, tanto como para considerar que ya no pertenecía a ese lugar, a esa casa. Podía ser que se sintiera engañado porque la única chica que quería lo había traicionado. Pero no le dijo a nadie qué era lo que sentía realmente.

El santiagueño sufría en silencio.

En Kilómetro 88 lo vieron llegar el tercer domingo de enero de 2002 y no entendieron qué lo había hecho volver, pero igual se alegraron. Dos años atrás Jaime se había marchado, y parecía que nunca más iba a recorrer el millar de kilómetros que lo separaba de su pago. Pero ahí estaba.

No es fácil readaptarse a la vida cansina de la provincia. Sentir de nuevo los 50 grados del verano y el sol rajando la piel, escuchar el crujir de la paja en el techo del rancho, buscar trabajo en los obradores del campo. La rutina que Jaime había conocido tan bien antes y que en algún momento le había parecido una parte esencial de la vida que siempre iba a tener, ahora podía convertirse en un refugio para olvidar a Silvana.

Jaime no contó demasiado sobre su vida en La Plata. Pero quienes lo reencontraron notaron que había cambiado. Andaba inquieto, nervioso. Incluso dicen que una noche abandonó un baile al que había ido para despejarse un rato, y salió a tomar un poco de aire para terminar solo, llorando bajo las estrellas del monte.

«La Plata, jueves 24 de enero de 2002.

»Buscan a una joven.

»Una joven de 22 años es buscada por sus familiares, quienes realizaron una denuncia por “averiguación de paradero” en la comisaría 5ª. Al momento de la desaparición vestía camisa y pantalón de jeans y suecos. Tiene los cabellos rubios, es delgada y de ojos marrones. Por cualquier información deberán dirigirse a la comisaría 5ª.»

Silvana había desaparecido cuatro días antes de que el aviso saliera publicado en el diario *El Día*. Su rastro se perdió el sábado 19 de enero, el tercero del mes. Salió de su casa a la mañana, dijo que se iba a comprar un jean para vestir a la noche, cuando se juntara con Gaspar en la peña. Pero no volvió. Francisca fue a trabajar y regresó a la tarde: sus hijos le dijeron que Silvana no aparecía. Jaime había vuelto de su trabajo en la calesita pasado el mediodía, hizo un bolso y se tomó un micro a Santiago del Estero. Le dijo a Francisca que en el colegio le pedían un comprobante de estudios primarios, y que tenía que ir a buscarlo a la casa de su padre.

Preocupada, Francisca fue a hacer la denuncia, pero los policías no le dieron importancia: «¡Pero si es una chica joven! Tenemos que esperar, por ahí está con un pibe y no le quiso contar nada, doña», le dijeron. Pero ella desconfiaba. Recién al día siguiente, domingo, le tomaron la denuncia. El lunes a la noche Francisca volvió a la comisaría y efectuó una segunda denuncia en la que hablaba de su sobrino, Jaime. Contó que se había enterado por los trabajadores de la calesita que Silvana y su primo mantenían un romance en secreto. Agregó que había ido para ver si sabían qué se traía Jaime con el viaje a la provincia, y que le contaron que el sábado a la mañana lo habían visto charlando con Silvana. Francisca declaró, además, que ese domingo llamó a Santiago del Estero para averiguar si su hija se había fugado con su incestuoso amante: a esa altura, era lo que más deseaba. Pero no, Jaime había llegado solo. Cuando el día domingo estaba por terminar, a las ocho y media de la noche, fue el propio Jaime quien llamó. «Tía, ¿no apareció Silvana?», preguntó.

Los días pasaban y no traían nada. Hasta que fue otro de los primos el que habló y reveló un nuevo eslabón de la historia: el sábado de la desaparición de Silvana, Jaime había llegado a su casa poco antes del mediodía para pedir una carabina, porque sabía que ahí guardaban una. Lo atendió Romina, una nena de 14 años, nieta de Francisca. Jaime le dijo que lo estaban siguiendo unos policías, confundiéndolo con un ladrón, y que necesitaba el arma para defenderse. Romina lo vio tan nervioso que prefirió llamar a Francisca para pedir permiso. Jaime se sorprendió, y le cortó el teléfono. Volvió a insistir con la carabina, pero Romina se mantuvo firme: «Si mi papá no viene no te puedo dar la carabina, porque no se la presta a nadie». El santiagueño se dio cuenta de que no iba a conseguir nada y se fue veloz, en su bicicleta.

Cuando los policías de la comisaría 5ª escucharon la historia, supieron que tenían que ir tras la pista de Jaime. El

martes 29, diez días después de la desaparición de Silvana, Jaime cumplió con una citación que le había llegado al rancho y fue a declarar a la comisaría de la seccional 27^a, en la ciudad de Loreto, provincia de Santiago del Estero. Se lo citaba como un testigo más y no como sospechoso. Frente al cabo que lo interrogó, puso su mejor cara de sorpresa: contó que lo habían llamado de La Plata para preguntarle si Silvana había viajado con él, pero aseguró que tenían poca relación. Y se cuidó bien de dejar en claro que el novio de ella era un tal Gaspar. Al cabo de la policía —que no conocía la historia de la carabina— no le quedaron otras dudas ni preguntas.

Mientras tanto, en La Plata, la familia de Silvana no descartaba ni un secuestro, ni un accidente de tránsito, ni tampoco algo peor. Los teléfonos ardían. Primero la ronda fue por hospitales y comisarías. Con el correr de los días, sólo discaban una y otra vez los números de los sospechosos más cercanos. Yamila habló con Gaspar: él tampoco sabía nada. Uno de los hermanos de Silvana recordó cómo Jaime le cortaba el teléfono a su prima una vez que hablaba con Gaspar: para ellos, el santiagueño tenía algo que ver con todo esto, pero no descartaban que Gaspar también estuviera involucrado. «Yo lo único que quería era que apareciera, no me importaba si ella no quería saber nada más conmigo», dice hoy el pretendiente. «Quería que estuviera bien, aunque me fuera a cortar el rostro.» Francisca llamó a Jaime cada vez que sintió que la desesperación la carcomía en su calma de provincia.

—¿Vos no sabés nada de Silvana? —le preguntaba la tía.

—No tía, preguntale al novio, a lo mejor sabe si le pasó algo —respondía Jaime—. ¿Qué se habrá hecho de esta chica? ¿Se la habrá llevado el novio? —A veces se le cortaba la respiración, y Francisca pensaba que estaba por decir algo, pero que elegía callar.

—¿Vos le hiciste algo? ¿Se la entregaste a alguien?

—No, nunca haría eso, tía...

—Vos algo le hiciste a Silvana, ¿por qué te fuiste de un momento para el otro, si no? —acusaba Francisca. Pero, acaso se resignara, por teléfono no iba a lograr nada.

El señor Lautaro, el dueño de la calesita, estaba en Mar del Plata cuando se enteró de que su empleado había renunciado y se había ido a Santiago del Estero. El señor Lautaro había llegado allá al comienzo de la temporada para dedicarse a otro de sus negocios, el alquiler de botes. Mientras estaba en la costa, le avisaron que la policía había estado en la calesita preguntando por su empleado Jaime y por una chica desaparecida con la que él tendría algún tipo de relación; y también le dijeron que el propio Jaime lo había llamado, para saber si ya había vuelto de Mar del Plata.

El martes 29 de enero —a diez días de la desaparición de

Silvana, el mismo día que Jaime declaraba en la comisaría de Santiago del Estero— el señor Lautaro se apareció por el Paseo del Bosque junto a su ayudante de confianza. Quería revisar los botes: el domingo anterior había habido un temporal y algunos se habían llenado de agua. Después de examinarlos durante una hora, se dirigió hacia la calesita.

Abrió la puerta de la reja que la rodeaba («Calesita del Duende Poppy», se leía en un cartel de bienvenida) y entró a verificar la máquina. La calesita cada vez recibía menos visitas, pero él le tenía un cariño especial. En vez de caballitos, había colocado un helicóptero, un auto de Fórmula Uno y otro de paseo. La tenía bien cuidada. Por eso se alivió cuando comprobó que la estructura no necesitaba ningún arreglo. Luego revisó el motor, temiendo que el temporal la hubiera arruinado. Abrió la puerta del cubículo central (decorada con una caricatura de Pepe Grillo, en paraguas y galera, y la leyenda «¡Gratis! Disfrutá tu vuelta») y encontró que todo era desorden: un colchón, una manta, dos almohadas, un martillo, dos botellas de cerveza vacías, herramientas... elementos desiguales que siempre estaban ahí, pero que ahora aparecían mojados y desparramados por cualquier lado. La tormenta había dejado su marca.

El señor Lautaro se encargó de sacar afuera el colchón, y su ayudante ya estaba acomodando el resto de las cosas cuando el jefe lo detuvo. Había descubierto un montículo de tierra al correr el colchón. Era como un hormiguero, pero más grande y sin las hormigas. Los dos hombres se miraron. El interior de la calesita siempre estaba ordenado, y el piso, alisado. Pensaron en Jaime y en su novia desaparecida. El ayudante encontró una varilla de hierro y la hundió unos treinta centímetros en el hormiguero. Un escalofrío recorrió la espalda del señor Lautaro cuando vio que la varilla rebotaba contra algo blando, oculto en la profundidad de la tierra. Lo que estuviera ahí abajo era muy raro. Por eso mandó a su ayudante a buscar una pala.

El ayudante escarbó apenas en la tierra y fue suficiente para descubrir lo que no querían: un bulto de color piel con forma redonda. Cuando el ayudante corrió un poco más la tierra que lo disimulaba, una oleada nauseabunda emanó del suelo y dominó el ambiente. Muy rápido, el aroma de la putrefacción los tiró para atrás y los dejó aturdidos hasta que pudieron salir.

El señor Lautaro sufría del corazón: decidió llamar a la policía para que ellos completaran el trabajo. Meses después, vendería la calesita.

Silvana fue descuartizada y enterrada en el cubículo central de la Calesita del Duende Poppy. Jaime le cortó la cabeza y luego seccionó las piernas (de las rodillas para abajo) y los brazos (desde los codos). Ya había hecho una faena similar con muchos de los animales que criaba en el monte, y esta vez no fue muy diferente. Silvana no opuso resistencia: estaba inconsciente. Había sido golpeada fuertemente con una maza en la cabeza. Fueron tres golpes, y uno de ellos le fracturó la frente.

Cuando desenterraron el cuerpo, la cabeza estaba hinchada por el paso del tiempo y llena de tierra, pero de alguna manera conservaba una última expresión de asombro.

«Cuando llegué a casa el día del hallazgo y le conté a mi mujer, lo primero que hicimos fue preguntarnos si alguna vez habíamos llevado a nuestros hijos ahí. Y por suerte, llegamos a la conclusión de que nunca lo habíamos hecho», me cuenta un tipo bonachón que tiene la cara maquillada. Es Paulo Kablan, columnista de policiales de C5N, un canal de noticias. Kablan se ha tomado un recreo para hablar conmigo. En el año 2002 ocupaba el cargo de editor de Policiales del diario *El Día*, el más tradicional de La Plata, el mismo que había publicado la averiguación de paradero de Silvana. Todavía hoy, el periodista no sale de su asombro: «El hallazgo de un cuerpo descuartizado y enterrado debajo de la calesita fue muy impactante para todos: esa era una de las calesitas preferidas de los chicos de la ciudad».

En los diez años que Kablan pasó en aquella antigua y legendaria redacción, cubrió una infinidad de casos. Algunos repercutieron en todo el país: «La Plata es una caja de resonancia a nivel nacional, por eso hay casos que cobran tanta trascendencia», dice. «Y este fue uno de los que más acapararon la atención aquel año, por lo macabro del hallazgo pero también por la trama que traía por detrás.»

Cierto. En esa trama conviven los sueños de progreso de toda una familia de la provincia que decide probar suerte en la gran ciudad; el amor prohibido apenas conjugado en un susurro de dos pibes de 20 años; la infamia de los celos avivados con despecho y rencor; y el sino trágico del incesto, que condena a sus protagonistas como en las tragedias griegas. Todo con un espeluznante final en un espacio de alegría e inocencia infantil, donde Jaime destruye para siempre su ingenuidad y su mansedumbre de campo. Es una historia que jamás debería haber ocurrido.

En ese escenario se vieron Silvana y Jaime para terminar con su propia tragedia íntima el sábado 19 de enero de 2002 a la mañana. Silvana había salido de su casa a las ocho y media, en busca de un jean para vestir a la noche. Por alguna razón (pudo haber sido convocada o tal vez lo decidió ella sola), fue directo a la calesita, para hablar con su primo. No era la primera vez que lo visitaba allá: los compañeros de trabajo de él ya la conocían, y todavía hay quienes arriesgan, en voz baja y sin certeza definitivas, que el centro de la calesita era el refugio donde los dos primos se amaban.

Jaime había llegado aquel sábado cerca de las siete de la mañana, como era costumbre. Se entretuvo un rato revisando la calesita y los botes, y pasadas las nueve compartió unos mates con un tipo que iba a pescar al lago todos los fines de semana.

Estaban en eso cuando apareció Silvana, a las diez y cuarto. Los amantes charlaron brevemente, y Jaime le pidió al pescador que le cuidara los botes antes de irse con ella.

Mientras avanzaban por el sendero de piedritas que conducía a la calesita, Jaime le hizo un planteo final a su prima: le dijo que no podía verla con otro, quería que dejara a Gaspar. Pero ella no quería hablar más del tema y no se guardó nada: «¡Cornudo!», le gritó; «¡Crédulo!», se burló; y hasta le dijo que todo ese tiempo lo había estado usando. Jaime se desesperó: implosionó. Ya adentro del cubículo central, agarró una piqueta y la golpeó con fuerza tres veces, hasta que Silvana se desplomó, con la cabeza abierta.

La chica quedó inmóvil en el suelo, la sangre salía a borbotones de su frente. Parecía muerta. Al menos para Jaime, estaba muerta.

En el juicio, Jaime diría que mientras hablaban de Gaspar y de su relación, le había pedido a Silvana que se fuera, pero que ella había insistido en quedarse y burlarse de él. Aunque sólo él sabe si realmente ella le dijo esas palabras tan duras, Jaime contó que la agresión verbal fue tan humillante que lo hizo enfurecer, que la golpeó y entonces se le nubló la vista y se sintió perdido, y actuó sin pensar. Sin embargo, los jueces no le creyeron, y consideraron que tenía un plan para liquidar a su amante.

Se basaron en la dificultad de cavar, en un lapso de entre treinta y cincuenta minutos (el tiempo que pasó entre que Jaime fue visto por el pescador yendo y volviendo), un hoyo de forma cónica, de 80 centímetros de profundidad, adentro del cubículo central de la calesita. Para ellos, él lo había preparado antes de citar a Silvana. Jaime, en cambio, contó que lo hizo en ese momento. Como sea, el objetivo del pozo en ambos casos era el mismo: ocultar el cadáver.

Siguiendo cualquiera de las dos hipótesis, Jaime descuartizó el cuerpo cuando comprendió que no le entraba en el pozo. Para eso, degolló a su prima con un cuchillo, y la desangró en el hoyo para evitar que la sangre salpicara todo el lugar, pero no pudo evitar que las paredes se tiñeran. Cuando el cuello dejó de gotear, comenzó con los cortes. El paso siguiente fue echar las partes al pozo: primero la cabeza; después, los dos brazos y una pierna; y la última pierna y el torso quedaron encima, sobresaliendo un poco, por lo que tuvo que tapar todo con la tierra removida que descubriría el señor Lautaro. Cuando Jaime salió de la calesita y volvió al lago, se encontró con el pescador, que no lo notó ni alterado ni extraviado. El tipo siguió pescando, y retomaron la charla.

Matar es fácil. Y para algunos teóricos también puede llegar a ser un hecho estético: el novelista Thomas Harris llevó a su personaje Hannibal Lecter a celebrar con música clásica sus crímenes y a asesinar siguiendo un modelo de la Florencia renacentista

en *El silencio de los inocentes* y en *Hannibal*; y el escritor victoriano Thomas De Quincey anotó en su artículo «Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes», publicado en 1827, que «la composición de un buen asesinato exige algo más que un par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro. El diseño, señores, la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento se consideran hoy indispensables en intentos de esta naturaleza». Pero los homicidas reales se mueven lejos de la teoría y la reflexión. La muerte se da en un solo acto, en un momento más o menos corto; el epílogo puede durar años, cuando la Justicia opera sobre ese golpe inicial. Los jueces toman la sustancia de un crimen y la estandarizan. Jaime se hubiera sorprendido: al momento de matar a Silvana, también estaba llevando a cabo un hecho que más tarde se convertiría en material filosófico, al ser interpretado desde diferentes puntos de vista y siguiendo éstas o aquellas hipótesis en su trama.

Sobre el escritorio de Cecilia Sicard se apilan los expedientes. Los hay de todo tipo: «homicidio en tentativa», «robo calificado», «homicidio simple». Además, hay dos libros gruesos («Código Penal Argentino» y «Código Penal») y una foto de un hombre muy formal en los tiempos del blanco y negro; acaso sea su padre, una figura de renombre en el Derecho platense, que fue Procurador de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires. Sicard, que además de abogada es profesora de Lógica y autora de argumentaciones temibles e irreductibles para sus contrincantes, escucha música francesa desde la computadora en su despacho de la Defensoría Número 8.

A fines de octubre de 2004, el Tribunal en lo Criminal Número 1 de La Plata condenó a Jaime a la pena de prisión perpetua por homicidio calificado por alevosía; es decir, mató a Silvana al descuartizarla, mientras ella, inconsciente por los golpes de la piqueta, estaba indefensa. Así lo había probado la autopsia: en la cabeza, en un brazo, en un muslo y en un pulmón había hematomas. Si Silvana hubiera sido muerta por los golpes en la cabeza, la separación de sus miembros no habría traído nuevos sangrados. «Jaime tenía toda la sensación de que la había matado con el golpe», explica Sicard, su defensora oficial. «El planteo de la defensa es que no cometió un homicidio en el que se aprovechó de que la chica estaba indefensa porque estaba inconsciente, sino que para él la muerte se produjo con el golpe. Todo lo demás tuvo por finalidad el ocultamiento del cadáver.»

«¿Entonces el descuartizamiento de un cadáver no está penado?»
», me asombro ante las sorpresas que guarda el Derecho Penal en sus vericuetos. Responde Sicard: «Descuartizar un cadáver no está penado porque no es un homicidio, sino una manera de ocultar un cuerpo. Puede llegar a ser un agravante de un homicidio simple, pero eso se pena con ocho a veinticinco

años de prisión, y no con perpetua, como le dictaron a Jaime». Con estos argumentos la defensora apeló la sentencia. El debate ahora pasa por volver a definir qué clase de homicidio cometió Jaime: simple o calificado (y, por lo tanto, qué pena le corresponde: de ocho a veinticinco años; o perpetua sin vueltas).

Rubén Sarlo —actual Fiscal coordinador del área de juicios orales de La Plata, profesor de Criminología y de Derecho Penal— ocupó el escritorio enfrentado al de Sicard cuando se desarrolló el juicio. Como fiscal pidió la pena que finalmente el tribunal le dio a Jaime. «Entiendo que una persona que delinquir puede merecer una segunda oportunidad porque a lo mejor no tuvo padres, buenos amigos o una educación adecuada. Eso no es un eximente de la pena, pero sí un atenuante. Es probable que este muchacho haya padecido alguna de estas situaciones, porque se manejó reduciendo a su prima a la condición de objeto: la vio como un fetiche y resolvió matarla.» El fiscal apura un café de un trago largo y, haciendo gala de su ingenio, concluye: «A veces, estas mentes son tan simples que llegan a cierto grado de complejidad... Meterse con la mente criminal es como querer entender a las mujeres». Yo, claro, me río. Y quisiera saber qué pensaría sobre esa teoría Jaime, que en la cárcel de Bahía Blanca se convirtió al evangelismo y que casi nunca habló de su historia. Quisiera saber si habrá podido, después de algunos años a la sombra, entender a su prima.

Llevaban más de una hora de viaje cuando el reo se quebró. Lloraba, y se tapaba la cara con las manos en un lamento largo y ahogado. El sargento primero Avalos y el subinspector Badino cruzaron miradas sorprendidas. Lo observaron y le preguntaron qué era lo que le pasaba, si se sentía enfermo. «Lloro porque... yo amaba a Silvana», dijo el reo. «Yo la quería para mí, y si no era mía no iba a ser de nadie...»

En el móvil de traslado, el sargento primero y el subinspector, que iban junto al reo de Santiago del Estero a La Plata, se asombraron con esa declaración espontánea. Luego, el silencio, interrumpido sólo por el ruido del motor. Y unos minutos después, más palabras: «Yo vi a Silvana con otro, que se llamaba Gaspar. Me dijo que a la noche íbamos a hablar, pero recién el sábado a la mañana pudimos hacerlo. Silvana me dijo que estaba saliendo con el otro y que quería cortar conmigo, y yo le contesté que eso no podía ser... Le dije que si me lo hacía la iba a matar... Y ella me dijo “¡Qué me vas a matar!”».

Mientras confesaba su verdad, el reo se fue tranquilizando. Las palabras le habían devuelto su seriedad habitual. «Yo me sentía como en una nube, por eso fue que le pegué con un fierro en la cabeza... Cuando vi que estaba muerta me desesperé más, y no sabía qué hacer». El reo les contó que pensó en ocultarla y por eso hizo un pozo en la tierra, pero cuando vio

que no entraba no le quedó otra opción que seccionarla. Dijo: «Me sentía en el aire, no sabía lo que hacía...». Los custodios lo miraban desorientados. El reo contó que después de la faena se lavó con agua de un balde y limpió la sangre que había salpicado las paredes interiores de la calesita. Que puso un jean y un cinturón de cuero que le pertenecían; el cuchillo; y los anillos y el reloj de Silvana, en una bolsa de nylon y la tiró en un baldío, cuando regresaba a la casa de su tía.

«Era mía o no era de nadie...», repitió el reo a lo largo del viaje, como si pronunciara un mantra que trae calma, o acaso justificándose por haberle puesto un punto final a ese sueño de amor y progreso que había intentado hacer realidad sin medir los riesgos que acechaban.

El sargento primero y el subinspector que trasladaron a Jaime a La Plata atestiguaron sus confesiones, pero la historia no fue confirmada y ni siquiera fue tomada en cuenta para dictar sentencia porque se había dado fuera de las reglas del proceso judicial. A la hora de concluir sus declaraciones, los dos policías contaron sobre la cara del reo, su mueca apagada, sus manos laboriosas rociadas por sus propias lágrimas, y el eco de su resignación amarga: «No me importa si me matan o me dan perpetua... Yo la amaba».

Durante el resto del viaje, no pronunció más palabras.